

de tantas patrañas como corren sin fundamento por el mundo de la historia convencional.

El culto monoteísta, lo mismo entre los hebreos que entre los egipcios, entre los orientales que entre los accidentales, fué en la antigüedad propio solamente de los filósofos. Las religiones populares, así en la antigüedad como en nuestros días, fueron siempre idólatras, bárbaras é insufribles. Y estas religiones es las que precisa combatir y aniquilar, dejando á los filósofos fabricarse un Dios á satisfacción de su capricho.

Los dioses en la imaginación de los filósofos son inofensivos; pero cuando se apodera de ellos el pueblo, como no los entiende, los arma de lanza y espada y los echa á pelear unos con otros como si fuesen gallos ingleses. Así Mahoma y Cristo han ensangrentado la tierra de Europa y Africa, de igual manera que Jehová y Moloch ensangrentaron el Asia. Y para que esto concluya, yo no conozco más que este procedimiento expeditivo: que al que se descuelgue con discursos en nombre de Dios, sea el que quiera, se le encierre en un manicomio y se le someta al tratamiento de las luchas.

Porque, ¿quién diablos dirá verdad, en estos asuntos teológicos, cuando consta que los propios sacerdotes desbarran y mienten?

Oigamos á Jeremías:

«Cómo decís: Sabios nosotros, y la ley del Señor está con nosotros? Verdaderamente ha trabajado la mentira el estilo mentiroso de los escribas.»

Los escribas eran los doctores de la ley de Dios; como si dijéramos ahora los obispos, lectores y penitenciarios. A ellos refiere Jeremías al hablar de mentiras y estilo mentiroso. No he dicho yo más de lo que dice el profeta.

En el cap. IX, es donde empieza á llorar Jeremías; pero con tal vehemencia, que no pareciéndole bastante llorar hilo á hilo, lo hace á

borbotón. *¿Quién dará agua á mi cabeza—dice—y á mis ojos una fuente de lágrimas?*

Al pedir un pilón para llorar, aunque quizá le sobran las lágrimas, no le falta razón al profeta, pues Dios le había dicho lo siguiente:

«Y reduciré á Jerusalem á montones de arena, »y albergue de dragones: y las ciudades de Judá »las entregaré á desolación, sin que quede allí »morador.»

Lo cual es otra exageración no menor que la del llorar á borbotones, pues consta que ni Jerusalem ni la Judea, aunque quebrantadas, nunca quedaron totalmente desiertas. Ya tengo muchas veces indicado que Jehová era un poco andaluz, y el lector discreto lo habrá notado por sí mismo, por lo cual no insisto en este punto de absoluta evidencia.

No contento con llorar él un pilón de lágrimas, Jeremías aconseja á sus paisanos que *llamen á las lloraderas* para que aumenten la vena líquida del chorro lacrimoso.

Estas *lloraderas* del profeta no son otra cosa que las *lloronas*, quiero decir, mujeres que en la antigüedad se alquilaban para llorar en los casos de ritual, á tanto por centilitro de lágrimas y cuanto por algrido.

El oficio va ahora de capa caída, como las religiones que lo inventaron, y no es de sentir, porque con él van desapareciendo las llamadas lágrimas de cocodrilo, como las que lloraba Hígina Balaguer cuando decía: «Yo, yo solamente, con estas manos que serán atadas al banquillo del garrote, di muerte á mi *pobrecita señora*.»

## CLII

Si Jehová, el dios de los hebreos, en vez de hablar desde las nubes, ó desde algún escondrijo, á sus profetas elegidos, se hubiera vestido la toga, encasquetado el birrete y acudido á los es-

trados de un tribunal competente á defender su pleito contra los dioses de los caldeos, fenicios, asirios, egipcios y demás gentualla teológica de los antiguos tiempos, abrigo la convicción de que hubiera oscurecido la fama y nombre que, en la causa célebre de la calle de Fuencarral se han ganado, á pulso y empujón, tanto Rojo Arias como Galiana, tanto Galiana como Rojo Arias, defensores de ese *pobre chico* de Varela y de esa *infeliz histérica* que se llama Higinia Balaguer.

Porque cuando Jehová, amoscado de las competencias de Moloch y demás canalla divina, que se parecía por las estatuas y demás representaciones plásticas, la emprendía contra las imágenes, lo hacía con tanta vehemencia y copia de argumentos, que no había medio ne negarle la razón y condenar á muerte de garrote vil á toda la caterva da dioses que traían al retortero á la humanidad pretérita enloquecida por la teología.

Ved el discurso que le apuntó á Jeremías contra los adoradores de los muñecos de varias formas y sustancias que osaban representar algo que fuese santo ó divino. Atended, vosotros doctores en superstición, que os consideráis sabios católicos, porque habéis estudiado la posición y aptitudes en que debe colocarse un leño en la cruz para representar con toda propiedad al Señor del cielo y de la tierra bajo la figura de un hombre muerto. Oid, oid:

«No aprendáis según los caminos de las gentes; y no temáis las señales del cielo, á las que temen las naciones. Porque las leyes de los pueblos vanas son; porque cortó un leño del bosque obra de un artífice con azuela. Lo adorna con plata y con oro; con clavos y con marfillo lo acopla, para que no se desuna. A semjanza de palma fueron hechas y no hablarán; las tomarán y llevarán, porque no pueden an-

»dar. No las temáis, pues, porque no pueden »hacer mal ni bien.»

«Serán convencidos (los adoradores de imágenes) igualmente de NECIOS; doctrina de vanidad es el leño de ellos.»

«Todo hombre se ha hecho NECIO por la ciencia; avergonzado ha sido todo artífice en su simulacro, porque cosa falsa es la que fundió y »no hay espíritu en ellas. Ellas son cosas vanas »y obras dignas de risa.»

Quisiera yo que el buen Jeremías se diera una vueltecita por nuestras católicas iglesias, atestadas de leños labrados y adornados de plata y oro desde el leño desnudo que representa á Cristo en la cruz hasta el leño vestido de un ropón de negro terciopelo, que representa á la Dolorosa de vuelta del Calvario, y oír lo que al buen profeta se le ocurriría decir de los NECIOS que se pasan horas y más horas arrodillados al pie de esas *obras dignas de risa*, para apuntarlo é intercalarlo en estas NOTAS.

Pero no... que estoy seguro que le denunciarían y emplumarían seis católicos añetes de prisión correccional, ni más ni menos que si fuese un excomulgado librepensador, descatolizador de incautos. Y, francamente, no está tan sobrada de prestigio nuestra justicia histórica, que desee yo que pierda el último que le queda, que es de ser esencialmente católica, denunciando al bueno de Jeremías, aunque llorón y quejumbroso, profeta indubitable é iconoclasta furibundo.

A la adoración de los leños y pedruscos, opone Jeremías el culto de un ser omnipotente y creador, irreducible á imagen ó figura de ninguna especie, y, aunque yo personalmente en esto de los dioses y de los cultos soy de la opinión que tienen sobre los tabacos aquellos que no fuman, no dejo de conocer que Jeremías era menos loco que los otros teólogos, porque eximir

totalmente de locura á un místico es absolutamente imposible.

Prueba concluyente de esta afirmación son las palabras con que cierra Jeremías este capítulo VIII. Dice así, dirigiéndose á Jehová en un momento de cordura y buen sentido:

«Derrama tu indignación sobre las gentes que no te conocieron, y sobre las provincias que no invocaron tu nombre.»

Pues bien; el hombre que ha escrito estas palabras, llenas de sensatez, es el mismo que llama justo y santo á Jehová, cuando le decía en el capítulo precedente:

«He aquí que yo daré de comer á este pueblo (los judíos, los predilectos) ajenos y les daré de beber agua de hiel. Y los dispersaré entre las gentes que no conocieron ellos ni sus padres: y enviaré detrás de ellos el cuchillo, hasta que sean consumidos.»

Que me autorizan á mí plenamente para exclamar: cogite en flagrante chifladura.

Pues si por adorar á los falsos dioses castigaba Jehová á sus elegidos, mal camino era para que se enmendasen, consentir que fuesen en batalla vencidos por los idólatras, y después repartidos entre ellos como esclavos. Yo en el caso de cualquiera de éstos hubiese discurrido de esta sencillísima manera. ¿No tiene dicho Jehová que jamás delante de él prevalecerán los dioses extranjeros? Pues entonces ¿cómo yo, adorador de Jehová, me veo esclavo de un infame sectario de Moloch? ¡Aquí hay trampa!

De una nota del P. Scio al capítulo XI deduzco cosa que yo ya me tenía calada, y es que el oficio de profeta entre los hebreos era cosa así como el de fraile en nuestros días, y que Jeremías era una especie de P. Prior de su Orden. Viendo venir el nublado de la invasión de los caldeos, cosa que veían en tiempo de Manasés hasta los ciegos, como ven ahora la venida de

la República en España Jeremías y sus frailes del convento de Anatot profetizaban que era un furor, por ver si sobrecitaban al pueblo á que les defendiese la pitanza.

Jeremías y sus frailes ¡claro está! la culpa de todo se la echaban á los ídolos, que les hacían la competencia teológica, y vociferaban reclamando un gobierno eminentemente clerical, aburriendo á las gentes hasta el extremo de correr el riesgo de una matanza, como la que aquí se hizo de cogullados en el año de gracia de 1834. —Libreme el cielo de aplaudir asesinatos, aunque estos traigan las admirables consecuencias que trajeron los consentidos por el moderado Martínez de la Rosa, pero guárdeme todavía con más cuidado de que yo considere llevadero en paciencia que Jeremías, por todo remedio al daño presumido de la invasión caldea, predicase á sus paisanos el llorar, y lamentarse, y hacer penitencia.

Dijera que tomasen las armas y se organizaran en buenos y sólidos batallones y escuadrones y encontraría sano y cuerdo el consejo. Pero pretender detener las lanzas de los babilonios con oraciones y lloriqueos, la hallo pretensión no menos estúpida que aquella de nuestros carlistas, cuando escribían en sus escapularios: *Bala, detente, que el corazón de Jesús está conmigo*. Y, en efecto, debajo del corazón de Jesús, he visto yo el de Pedro, Juan, ó Diego Chapa, taladrado los una bala republicana.

Porque es probado. Las balas van hasta donde de la fuerza expansiva de la pólvora las envían, sin que hagan más caso de escapularios que yo de excomuniones de arzobispos. Ni á ellas las tuere una misa, ni á mí una mitra.

Alto... y riámonos.

«Mas tú, señor de Sabaoth, que juzgas con justicia, y examinas con riñones...»

¿Qué es eso de riñones examinados por el señor de Sabaoth?

No sé; pero aquí del padre Scio y de sus anotaciones, en que dice, haciendo una llamadita en esos *riñones* de mi asombro:

«Escudriñas, conoces los más ocultos pensamientos y secretas intenciones.»

¡Bah! Ya caigo. Ese señor de Sabaoth, parejo de aquel señor de Alfocea, de quien cuentan los aragoneses que era el más *tozudo* de su tierra, consideraba los riñones, no como los órganos secretores de la orina, sino como el misterioso y recóndito santuario donde se fabrican los pensamientos é intenciones de los hombres.

¡Valiente fisiólogo estaba dicho señor y valiente anatómico que estaría el caballero Jeremías cuando no acertó á corregirle la errata!

Ahora me explico los dislates bíblicos, sabiendo que Jehová y sus profetas tenían los pensamientos en los riñones. ¿Qué otra cosa se podía esperar de unos hombres que desaguaban su cerebro por las vías urinarias, sino que oyesen hablar á las burras, vieses partirse á los mares y pararse al sol y la luna, y finalmente, asistieran al parto de una doncella en toda su inteligencia?

Capítulo XII. Que los impíos prosperan; que los piadosos pasan la pena negra; que esto parece indigno pero es justo, que la canalla idólatra marcha viento en popa mientras los cumplidores de la ley se ven afligidos; que vendrán los caldeos; que se irán los judíos; que volverán éstos; que entonces el turno de los palos caerá sobre aquellos; que por aquí, que por allá, que por arriba, que por abajo, que por delante, que por detrás...

¿Merece esto comentarse?—No, ¡vive el cielo! aguardando Jeremías encinchado en el capítulo siguiente.

Ved como.

«Esto me dice el Señor: Vé y cómprate un cinto de lino, y pónelo sobre tus lomos, y no lo metas en agua. Y compré el cinto, según la palabra del Señor, y me lo puse alrededor de mis lomos. Y fué á mí segunda vez palabra del Señor, diciendo: Toma el cinto que compraste, que tienes sobre tus lomos, y levántate, y anda al Eufrates, y escóndelo allí en el hueco de una piedra. Y fui, y lo escondí en el Eufrates, como el Señor me lo había mandado. Y sucedió que pasados muchos días, me dijo el Señor: Levántate, vé al Eufrates: y toma de allí el cinto, que te mandé que lo escondieres allí. Y fui al Eufrates, y cavé, y tomé el cinto del lugar en que lo había escondido: y estaba ya podrido el cinto, de modo que no era útil para nada.»

Si alguna cosa prueba de una manera concluyente la nativa estupidez humana, es que á través de treinta siglos se haya conservado esta tontísima narración, habiendo desaparecido tantos tesoros de arte y ciencia. Este montón de insípidas palabras, que tantas fatigas habrá costado copiar mil veces pacientemente para llegar á nuestras manos, no tiene otro objeto que el pobrísimo de servir de comparación á una bobería, como es que Judá se pudriría como se había podrido el cinto de Jeremías.

Éstos dos viajes de Jerusalem al Eufrates y viceversa, no vayas á creer lector discreto, que eran moco de pavo para aquellos tiempos, en que el vehículo más rápido eran las patas de un asno; de modo que, si no te parece mal, los dejaremos también en pura figura retórica, como el azadón con que el profeta *cavó la piedra* en que quedó escondido el cincho, que quizá fuera cincha.

Artefacto (estilo Rojo-Arias) de la indumentaria católica, indispensable á los personajes montados de la secta, como Moisés volviendo de Madiam, Jesús entrando en Jerusalem y Santiago

peleando en Clavijo; que hacen tres santos distintos y un sólo caballero verdadero, pues Moisés montó un burro y Cristo una burra.

¡No hay que confundir los sexos ni los solidos!

## CLIII

Más que á mí, le correspondería anotar el capítulo XIV de la Profecía de Jeremías á ese neo adivinante, que se hace llamar Noherlensoom cuando endereza los puntos y comas de su ingenio á las nubes, para denunciarnos con quince ó veinte días de anticipación el humor de las mismas, y, si debemos proveernos de paraguas, ó salir á la calle á cuerpo gentil.

Porque este capítulo, como en el primer versículo dice, trata de *la palabra del Señor que le vino á Jeremías sobre el suceso—ó negocio—de la sequedad*. Yo no creo que á Noherlesoom, de venirle algo, sea palabra de Dios para sus vaticinios meteorológicos, pero lo cierto es que, así como á ese *zaragozano* de nuevo cuño le suele salir por la culata el tiro de sus profecías, á Jeremías, que interpretando una gran sequedad que afligió en sus días la Judea, la consideraba señal cierta de guerra y desastres, le salieron una porrillada de competidores proféticos, que la explicaron como señal de paz y bienandanza.

La pintura de la sequía es ciertamente patética, y Dios nos libre de verla reproducida en Castilla.

«Pues aun la cierva del campo—dice—parió »su cría y la abandonó: porque no había yerba.— »Y los asnos monteses se pusieron en las rocas, »atrajeron viento como los dragones, desfallecieron sus ojos, porque no había yerba.»

En vista de la terrible calamidad, Jeremías se dirige en consulto á Jehová, que le dice llanamente no le suplique por su encanallado pueblo, porque está del todo decidido á hacer con él la

última barrabasada. Así lo manifiesta; pero otros profetas proclamaban lo contrario, y apelando en última instancia Jeremías, oye de boca del Señor estas palabras:

«Los profetas falsamente vaticinan en mi nombre: no les envié, ni se lo mandé, ni hablé á ellos: os profetizan visión mentirosa, y adivinación, é impostura, y engaño de su corazón.»

Las cuales nos deben poner en guardia con todo profeta, Noherlensoom inclusive; ¡pues vaya usted á conocer cuándo un profeta dice verdad, ó cuándo dice impostura y engaño de su corazón!

Los antiguos habían colmado de honores y consideraciones la carrera de profeta, y esto de que algunos les salieran hueros, debía saberles á cuerno quemado. Y se comprende: porque cuando un cuerpo del Estado, en vez de resolver con acierto las consultas que se le dirigen, la yerra de propósito, quiero decir, que miente y engaña, la ruina es cosa tan eminente como justa. Por ésto, andando el tiempo, y visto que para un profeta verdadero salen cien falsos y embaucadores, las naciones cuérdas los han suprimido á todos, excepto al famoso é inmortal Pero Grullo, que á la mano cerrada la llama puño; como llama anticiclón el señor León Hermoso á cualquier cosa, que sea tan segura señal de lluvia como el ver llover, que decía Quevedo.

Oído que ha Jeremías á Jehová, que está decidido á pasar á filo de espada á los falsos profetas y al pueblo que los sigue, vuelve á importunarle con oraciones, en las cuales intercala el versículo siguiente:

«¿Acaso hay en las esculturas de las naciones »quien haga llover? ¿O los cielos pueden dar lluvias? ¿No eres tú el Señor Dios nuestro á quien »esperamos? Pues tú has hecho todas estas cosas.»

Palabras que deben hacer abrir tamaño de ojo

(y señalo el círculo de un duro) á los intérpretes con sentido común, que de ellas pueden deducir que los hebreos idólatras del tiempo de Jeremías reclamaban lluvias de sus esculturas, ni más ni menos que nuestros presbíteros las ruegan á las suyas de los santos bienaventurados.

Ahí está el cura de Horcajo de las Torres, el que, á falta de peanas, acomodó años atrás las imágenes sobre mesas de cocina con las patas hacia arriba, que no me dejará mentir.

Mas tan enfurruñado estaba el alto Jehová, que á todos los ruegos y zalamerías del profeta de Anatot contesta, como persona cargada hasta los topes:

«Aunque Moisés y Samuel se me pusieran delante, no es mi alma para con este pueblo; échalos de mi presencia, y salgan.»

Palabras que nos muestran al asesino del egipcio y al ungidor del que buscaba las burras como las dos primeras recomendaciones para con el Padre Eterno, y las cuales transcribo para ilustración y aprovechamiento de los católicos del Congreso y de fuera del Congreso, muchos de los cuales, como dirigen sus memoriales por la torcida vía de santos de tan poco mentimiento como San Caralampio ó Santo Toribio, no deben extrañarse que les vuelvan, como les vuelven, denegados.

El furor de Jehová es tan horrible en esta ocasión, que, aun conociendo, como conocemos, las bromitas que gastaba el buen Señor, asusta oírle decir á Jeremías:

«Y yo enviaré sobre ellos (estos ellos son los elegidos, mimados y acariciados hebreos) cuatro especies de castigo, dice el Señor: Cuchillo para matar, y perros para despedazar, y aves del cielo y bestias de la tierra para devorar y destruir.»

¡Ni el que concibió, dispuso y realizó el horrible asesinato de doña Luciana Borcino! ¡No te

parece, lector, que el Varela que resulte de autos tiene mucho de Jehová, ó lo que es lo mismo, que Jehová tenía algo de Varela?

¡Pues ese adoraban!

¡Sí; le adoraban; aunque te parezca mentira que se adorase á un Dios que, á semejanza de un mal hijo, al coger la navaja para atentar contra su madre que no le da todo el dinero que le pide, exclama:

*Cansado estoy de rogar* (versículo VI, capítulo XV.)

Lo que parece mentira es que Jeremías, en un delirio de entusiasmo, no sólo escuche estas palabras, sino que se las coma. *Y las comi*, dice textualmente en el versículo XVI, refiriéndose á ellas.

¡Vaya un cuajo!

Tengo indicado que Jeremías fué un Castelar en lo que respecta al ramo de mujeres. Tócame ahora dar razón cumplida de mi indicación. Vínole á Jeremías otra palabra de Dios, que se derrama por todo el capítulo XVI, comenzando de esta manera:

*No tomarás mujer, y no tendrás hijos ni hijas en este lugar.*

De donde deducen los comentaristas católicos la perpetua soltería del profeta siendo él tan guardador como era de las órdenes de Jehová. Pero el *en este lugar* del texto me permite á mí sospechar si Jeremías se escurriría cuando hizo los viajes al Eufrates para llevar á enterrar el cinto, ó cuando ya tomada Jerusalem, huyó á tierra de Egipto. En las orillas del Nilo ó del Eufrates, bien pudo, sin desobediencia, chicolear á alguna buena moza, si es que no se contentó con alguna fea.

La razón de mandar Jehová á su confidente que no engendrarse hijos ó hijas en Jerusalem es la desdichada suerte que les esperaba á los habitantes de esta ciudad.

«De muertes de enfermedades morirán: no serán plañidos, y no serán enterrados, en un muladar sobre la superficie de la tierra estarán: y á cuchillo y de hambre serán consumidos; y el cadáver de ellos servirá de pasto á las aves del cielo y á las bestias de la tierra.»

Ni me extraña que Jeremías se quedase soltero oyendo semejantes noticias, ni me extrañaría tampoco que le hubiesen desollado vivo como á San Bartolomé, si se hubiese propasado á publicarlás.

Debió contentarse con escribirlas para su uso particular y eterna memoria de la barbarie de Jehová, que explica la razón de su enojo de esta manera:

«Porque me abandonaron vuestros padres... y vosotros aún hicistéis peor que vuestros padres.»

¡Te luciste! se le podría decir al Altísimo. ¿No sabías esto cuando los sacastes de Egipto? Pues si lo sabías, ¿qué culpa tienen esos pobrecitos, que no hacen otra cosa, al ofenderte, que cumplir tu santa voluntad de que te olviden y menosprecien, para darte el gustazo ¡oh voluptuoso de la crueldad! de aniquilarlos después?

*Maldito el hambre que confía en el hombre.* Sobre esta horrible palabra de Jehová que leo en el versículo V del capítulo XVII. han armado ortodoxos y heterodoxos un lío de doscientos mil de á caballo. Porque dicen los herejes, con el talento y buen sentido que les caracteriza, que siendo hombres los santos, los beatos y demás ciudadanos de ambos sexos de la corte celestial, es una solemne tontería, además de ser una conculcación de la palabra revelada, el implorar su intercesión y confiar en su metimiento para alcanzar favores del altísimo. Los católicos replican que, siendo Dios un rey, á modo de Nerón ó Felipe IV, no es malo para llegar á él ponerse á buenas con Sabina Poppea ó con el Conde Duque,

En lo cual tampoco van descaminados, aunque quizá pequen de un poco descomedidos para con la divinidad.

Otra sentencia.

*Torcido es el corazón de todos, é impenetrable: ¿quién lo conocerá?* Que parece revelada para hacer la síntesis del crimen de la calle de Fuenarral; pues aunque desde los primeros días tenemos á buen recaudo á la Higinia, y á Varela, y á Millán Astray, y á Dolores Avila, y hasta á la infelicísima María, como el corazón de ellos es torcido y la boca de *ella* mentirosa, ¿quién lo conocerá?

No será ciertamente el lince de Peña Costalago, ni el perspicaz de Muzas, ni el astuto Alix, el del bastón que se torció, ejerciendo de vara de justicia.

Lo que más cócora volvía á Jeremías era ver que sus conciudadanos, menospreciando el precepto mosaico que mandaba abstenerse de todo trabajo en sábado, para solemnizar la pereza divina á raíz de la creación, cogían sus borriquillos y se iban al monte á por una carga de leña, con que entraban á la tarde ufanos por las puertas de Jerusalem.

Plantado en una de ellas, endereza á los leñadores una filípica terrible, anunciándoles el tremendo castigo. Pero ellos, sin hacerle maldito el caso, continuaron en su inofensiva faena. De aquí el daño.

¡Pues digo si Jeremías hubiese vivido en estos tiempos católicos, y hubiese visto, como yo trabajar de albañilería en Jueves Santo! Lo menos que anuncia para los maestros es un rayo-noherensoom, y para los peones el cólera morboasiático-fulminante.

CLIV

Cuanto más lo medito, más convencido estoy de que el verbo de moda en esta España de los

infundios por mes, de los robos de iglesia semanales y de las procesiones á diario, es el verbo *descatolizar*, en cuya invención me llamo á la parte.

Que yo *descatolizo*, por sabido se calla; que tú *descatolizas*, lector discreto, bien lo sabes, cuando te ries de los embolismos teológicos que te denunció en estas NOTAS, y que él *descatoliza* es evidente, tratándose de uno de esos cleriguillos cebados á la mano en los Seminarios, cuando escalando el púlpito, se meten en la faena retórica de brutalizar contra el librepensamiento.

Como antes se decía, todos aramos, puede decirse ahora que todos *descatolizamos*; pues hasta los propios mestizos del Congreso de San Jerónimo, al armar el mayor de los barullos imaginables por oír cantar á Gayarre de balde, é impidiendo á fuerza de una barbarie eminentemente cursi, que la Asamblea acabase dignamente en trinos y jipíos del gran tenor, *descatolizaron* una porrillada de marquesas del Panecillo, condesas de la Rosca y baronesas de la Tostada de Abajo, linajudas damas todas abonadas á las Cuarenta Horas y condecoradas con los escapularios de á perra grande de la hermandad de San Tronado y Santa Baldivia.

Una de estas Teclas, que sacó de las apreturas reventado un callo, desvencijado el peluquín, escahifollada una tórtola apolillada que le sirve de adorno á la capota y cascadas cuatro varillas de un abanico japonés, que le regaló antaño un capellán castrense de caballería, me envía una carta en que me manifiesta que, hastiada de buscar y no encontrar su media naranja en la Iglesia, ha decidido meterse á librepensadora y abonarse á los toros, donde siquiera tomará una ración de vista las tardes que estoquee Mazanini.

Ve por donde, lector amable, nos viene una ayuda, y di conmigo; todos *descatolizamos*.

¡Mal plato que de esta sabrosa fruta de *descatolización* que nos sirve Jeremías en su capítulo XIX!

Le dice Dios:

*Levántate, y ve á la casa del alfarero y all oirás mis palabras.*

Presto y bien mandado, Jeremías se va á casa del modesto fabricante en barro, que estaba haciendo un puchero. Se sienta el profeta; mas distraído el artista, echa á perder la obra; pero como el material de alfarería es lo único que en los pucheros no se pierde, vuélvelo mi hombre á recoger, lo pone al torno, y cádate un cacharro en un instante.

Entonces, Jehová en las alturas, ejerciendo de ventrílocuo, habla en la tejera estas palabras:

«Acaso no podré yo hacer de vosotros, casa de Israel, como este alfarero? Ved que como el barro está en mano del alfarero, así vosotros en mi mano.»

Reconozcamos que cuando Jehová se ponía á ser humilde, ni Benito Labre, el padre de la mugre, que le aventajara. Por todo comparar, se compara á un alfararero, y al hombre, su obra predilecta, la compara á una escudilla ó á un vaso de noche. ¡Bajemos como borregos la cabeza delante de tanta mansedumbre y pulcritud, y admiremos la retórica de Jeremías; que para establecer una imagen tan ruin mete á Dios en el negocio!

Pero continuemos examinando la profecía, que merece la pena.

«De repente hablaré contra una nación—dice »Jehová—y contra un reino para desarraigarlo, »y destruirlo y malrotarlo. Si aquella nación se »arrepintiese de su mal, de que yo la he arrepentido, yo también me arrepentiré sobre el mal, »que he pensado hacer contra ella. Y súbitamente hablaré de la nación y del reino para edificarla y plantarlo.»



O yo no entiendo de teología, óel Altísimo aquí, como si fuera un murgrave alemán ó un Paco dos de Nápoles, abdica valientemente su corona ¡y en quién! en un pueblo, como si dijéramos, dada la imágen de la alfarería, en una batería de pucheros.

Porque la cosa es clara, El pueblo le traza el humor á Jehová. ¿Anda derecho? Pues Jehová tan contento. ¿Se tuerce? Pues ya tenemos al Altísimo triunfando. Y como el pueblo es libre de andar derecho ó torcido, la consecuencia es obvia, el que tira de la cuerda y hace mover los muñecos no es Dios sino el hombre.

Se ha lucido la teología con su Dios, que se pasa la vida en enfurecerse y tranquilizarse, en hacer barrabasadas y arrepentirse de ellas!

Católicos, ¿merece eso la pena de celebrar Congresos?

Ebrio de estas chifaduras, el buen Jeremías se lanza á la plaza pública, vociferando los males que Jehová le había dicho traería sobre Jerusalen y proponiendo para su curación el emplasto del arrepentimiento. Como no hay calamidad mayor que el fanático que se mete á predicador, tanto zarandeo á los judíos el profeta, que estos resolvieron prenderle. ¡Y aquí te quiero ver escopeta! Ni Varela cuando le acusan testigos de cargo como asesino de su madre más furioso y y elocuente. He aquí como invoca á Jehová al finalizar su discurso en defensa del pellejo.

«Mas tú, Señor, sabes todo el designio de ellos »contra mí, para matarme: no les perdones su »maldad, y su pecado no se borre de tu presencia: sean derribados delante de tí y en el tiempo »de tu saña ocaba con ellos.»

El profeta, como se ve, era una palomita sin hiel, todo caridad, al modo de los íntegros y mestizos de nuestros días, que evangélicamente se muerden unos á otros como lobos rabiosos.

A seguida nos cuenta Jeremías otra revela-

ción, que contiene el ritual gitano para los casamientos. Cuando la gente del ampa quiere matrimoniar, es sabido que el más viejo de la tribu, oficiando de párroco, les echa las bendiciones á los novios después de tomarles los dichos, y que, á continuación, enjaretándoles un discurso apropiado al caso, se vuelve al concurso de los testigos con un puchero, que á veces es olla, en la mano, y tirándole con brío al suelo le quiebra en mil pedazos y exclama:

—Cuando estos cascos vuelvan á juntarse, podrá este matrimonio disolverse.

He dicho que Jeremías concibió el modelo de este ritual bohemio, y en prueba de ello copio:

«Esto dice el Señor: anda y toma una cantarilla de barro de alfarero. y alguno de los ancianos del pueblo y de los ancianos de los sacerdotes: y sal al valle de Ennom, y publicarás... esto que dice el Señor... (aquí viene un discurso en *barbará* de lo que hará Jehová, que no dejará meante á la pared en Jerusalen...) y quebrarás la cantarilla... y les dirás: así quebraré yo (Dios) á este pueblo, y á esta ciudad, como se quiebra una vasija de alfarero, que no se puede ya más restaurar.»

Donde se ve claramente, que de un casamiento gitano á una revelación bíblica no va más diferencia que la que existe entre una olla zamorana y un botijo del Santo, y que si por antigüedad fuese el matrimonio bohemio es muy superior al establecido por Alonso Martínez en el Código civil, que de un plumazo ha convertido á los jueces municipales en correvediles de la cle-rigalla.

Esta del cántaro roto fué la última profecía que á Jeremías le aguantaron los hebreos. Fasur, hijo de Emer, que era el Aguilera de entonces en Jerusalen, cogió al profeta y le plantó de patitas en la cárcel, metiéndole por precaución en el cepo, donde le tuvo veinticuatro horas amarrado,

Genio y figura hasta la sepultura. Tan pronto como Jeremías se vió suelto, se puso á profetizar furiosamente, diciendo que no quedaria en Judea títere con cabeza, y que Fasur, con toda su gobernaduría y toda la gente de su casa, se vería esclavo en Babilonia.

Y, así fué, en efecto, aunque no lo tengo por profecía; pues que esto había de suceder lo sabían entonces hasta los chiquillos. Figúrate, lector, que á los alemanes se les metiese en la cabeza conquistar la Dinamarca, y que á ésta nadie en el mundo la ayudase. Al dinamarqués que vaticinara la toma de Copenhage por Molke, ¿le llamarías tú profeta? Pues aplicale el cuento á Jeremías y te saldrán cabales las cuentas de la revelación.

Dejando á un lado el profeta y el revelador, que causan risa, observemos al hombre, y le veremos crecer hasta tocar las nubes. Volviéndose en su patriótica desesperación al cielo, dice:

«Señor, has sido más fuerte que yo, me ha seducido una vana ilusión. De años, vengo voceando contra la iniquidad, que tiene quebrantados los brazos de estos hombres, y en vez de oirme, hacen befa de mí y desprecian las palabras de salvación que digo en sus orejas. Entonces dije: me abandonaré á la corriente; olvidaré la justicia; pero ardió en fuego mi corazón, se consumieron en llamas mis huesos y caí desfallecido. ¿Cómo transigir con tantas maldades como veo y palpo? ¿Cómo rendirse cobardemente á las amenazas de los criminales?»

Así continúa con arrebatadora elocuencia, hasta que, en el delirio de su dolor, maldice su día.

Ya sabes, lector, que esto de *ene* entre profetas, y sucio, y puerco, y mal oliente, por lo que en obsequio á tu buen gusto lo suprimo. No son estas notas las actas de una reunión de mestizos.

## CLV

He dicho que Fasur ejercía de Aguilera, ó sea de gobernador, en Jerusalem, cuando Jeremías andaba por el mundo profetizando desastres; debo ahora decir que un tal Sofonías oficiaba de Sancha, quiero decir de obispo de la capital. Y, para que el lector forme cabal idea de lo que eran estos caballeros circuncidados y los tiempos aquellos en que se *profetizaba*, falta añadir que *in diebus illis*, que dice el Evangelio, en aquellos días, Sedecías era Rey y Nabucodonosor con sus caldeos le tenía acorralado, y tan en estrechuras dentro de la ciudad, que el pobre hombre sin saber qué hacer algo envió á Fasur y Sofonías á casa de Jeremías, para que éste les profetizase en qué pararían aquellas misas del cerco.

Jeremías, que después de apaleado y puesto en el cepo por el gobernador, se vió por éste y el obispo requerido para que les profetizase lo que les había de pasar, se dijo: esta es la mía, y les soltó una que les descompuso el vientre de miedo.

Suprimo el texto, que exornado de las barbaridades del ritual profético, se reduce á consignar, que Jerusalem será tomada y quemada por Nabucodonosor, y sus habitantes muertos ó llevados prisioneros á Babilonia. Sólo quiero fijarme en dos detalles *insignificantes* y morrocotudos. La entradilla de Fasur y Sofonías, al comienzo de la entrevista, es la siguiente:

*Consulta al Señor por nosotros...* es decir, que el gobernador y el obispo, de orden del rey se van casa de Jeremías, para que éste les revele el suceso de una batalla, ni más ni menos que los cónsules romanos, después de encargados por el Senado y el pueblo de alguna guerra, se iban al colegio de los augures ó adivinos para que les dijese lo que en ella les había de pasar. Recuerde el lector las tracamundanas y pillerías

de Temístocles con la profetisa que aconsejó á los atenienses combatir detrás de murallas de madera en la segunda guerra médica y la sonrisa con que se saludaban en Roma al encontrarse los adivinos, y aplíqueles las reglas de hermenéutica de estas profecías á las otras, y todossabremos á qué carta quedarnos en estos negocios.

La entradilla de Jeremías es también de oro. «Esto dice el Señor, Dios de Israel: He aquí, yo volveré los instrumentos de guerra... con que peleas contra el rey de Babilonia... y los recogeré en medio de esta ciudad.» De las cuales deducía Lutero, el grande hereje alemán, que como no es lícito luchar contra la voluntad de Dios, si áste asuza á los moros para que hagan guerra á los cristianos, éstos deben cruzarse de brazos y dejarse deslomar. En donde resplandecen de tal manera la lógica abrazada á la teología, que tentado estoy de alzarme en armas contra la catoliquería entera, seguro de vencerla en campo raso y solo, sin más condición que la de practicar ella sus propias doctrinas.

Ve, lector una vez más confirmado mi dicho, de que no hay disparate ni burrada imaginables, que no los haya escrito algún teólogo ortodoxo ú heterodoxo.

Tras este capítulo, en que Jeremías profetiza al gobernador y al obispo del rey Sedefas, viene otro en que se va derechito á casa del rey Joaquín, también para gerundiarle. Pero conviene advertir que este Joaquín, puesto de rey en Jerusalem por el faraón Necos, había reinado antes que Jeconías, así como este reinó antes de Sedecías. ¿Cómo puede ser esto, exclamará el lector discreto? Pues ¡velay! que dicen en Valladolid. *Hysterología* dicen los intérpretes que se llama esta bárbara figura. Llámala tú como quieras, que de cualquier modo que la llares, siempre resultará un embolismo cronológico y un disparate bíblico.

En el cual Jeremías le endilga al rey Joaquín una catilinaria famosa, anunciándole una porrillada de calamidades que le sucerán á él, y á su hijo Jeconías, y á sus hermanos, hijos, parientes, súbditos y animales de carga y de paso que tenía á su servicio, entre los cuales es la menor, pero también la más indecorosa para la monarquía esta que consigna el versículo XIX.

*En sepultura de asno será sepultado.*

¡Pobre Joaquinito! Sabe que sus despojos reales habían de acompañar en el sepulcro á los huesarrones de un burro.

El que mucho habla mucho miente, dice el refrán. El que mucho miente, puede decirse también, desde que Higinia Balaguer quemó el cadáver de D.<sup>a</sup> Luciana Borcino, suele mezclar con sus mentiras alguna verdad de esas que al más lerdo ponen sobre la pista de un astuto ó poderoso criminal. Y de igual modo deberá decirse que el que mucho profetiza, á lo mejor, sin darse cuenta de lo que dice, suelta una verdad de á puño.

Pongo por ejemplo irreprochable á Jeremías que después del infundio cronológico de Sedecías y tantos otros infundios, metiéndose á profetizar contra los pastores en sentido figurado, que llaman los católicos obispos, dice mil y una tontearias, y entre ellas, á modo de perla mezclada con aechaduras de mal centeno, pone esta verdad inconcusa.

**PORQUE DE LOS PROFETAS DE JERUSALEN SALIO LA SUCIEDAD SOBRE TODA LA TIERRA.**

¡Verdad! ¡¡Verdad!! ¡!!!Verdad!!!

Tan verdad como estas otras del mismo capítulo XXIII:

«Porque el profeta y el sacerdote se han amancillado.—No queráis oír las palabras de profetas, que os profetizan y os engañan.»

El que después de esto, aun siendo católico,

creyera en profecías, merecería una albarda. Porque no vale decir que si hay profetas falsos, también los hay verdaderos. ¿En qué se los conoce? ¿Tienen alguna ruedecilla debajo de la lengua como los saludadores? ¿Es condición precisa que tengan un lunar peludo en el sitio preciso en que fué herida de navaja D.<sup>a</sup> Luciana Borcino en la calle del Barquillo? Porque, digo yo, que si para conocer si un profeta es falso ó verdadero, se ha de esperar al cumplimiento de la profecía, son estas la cosa más vana, ridícula y estúpida del mundo, y que no ha habido ni habrá en el mundo más que un profeta cuerdo, y es aquel aragonés que decía muy fresco. ¡Cacho! ¡Que siempre por el Pilar ha de hacer un tiempo ú otro!

En el galimatías cronológico de este libro profético hallo, que después de profetizar de los pastores, Jeremías profetiza de unos canastillos de higos que le enseñó Jehová, cuando ya los hebreos habían sido transportados á Jerusalem.

Esto de los higos es una de las mayores ridiculeces imaginables.

«Mostróme el Señor—dice el profeta—y he »aquí dos canastillos llenos de higos, puestos »delante del templo... el uno tenía higos muy »buenos... y el otro higos muy malos. Y dijo el »Señor: ¿Qué ves tú, Jeremías?—Higos, higos »buenos, muy buenos, y malos muy malos.»

Dirá el lector ¿á qué viene esto de los higos? ¿A qué? Pues á servir de término de una pobrísima comparación al Padre Eterno, que dice, que así como hay higos buenos, muy buenos, é higos malos, muy malos, hay judíos que serán conservados en la casa paterna y judíos rematados, que morirán en el destierro.

Peró, señor, ¿que de estas tontadas me esté yo ocupando, precisamente cuando la justicia histórica de mi país, conclusas las pruebas testimonial y documental del proceso por el asesinato,

robo é incendio de doña Luciana Borcino, se dispone á oír los informes de los abogados de Varela y Millán Astray, que pedirán y obtendrán que estos caballeros se vayan de paseo, el uno para volverse á encargar de la dirección de la cárcel, y el otro para volverle á decir al primer cristiano que le reclame unas copas, que él paga esas cuentas en navajazos tras la pared de un cementerio? ¿No es soberanamente tonto? —Si ¡vive Dios!—Dejaré, pues, á los prevaricadores antiguos que ardan en los infiernos, para ocuparme de que los modernos no nos metan gato por liebre.

Que aquí, al que no anda listo, le pega cualquiera una puñalada que le parte los riñones, y después... el muerto al hoyo, y el asesino que le pesque un galgo, pues lo que es la policía ni ha pescado al asesino de García Vao, ni al de los niños del canal, ni al del mutilado de Opañel, y si ha dado con los de doña Luciana, le ha salido á última hora la cuenta quebrada por el sexo, pues en vez de machos habrá de agarrotar la justicia hembras en caso de que, al fin y á la postre, no pague los vidrios rotos el Chato, perro célebre, á quien no me explico por qué no se le ha ocurrido á la Higinia echar la culpa de todo.

¡Quizá todavía no sea tarde!

## CLVI

Ahora me toca hablar de las profecías que profetizó Jeremías en tiempos del rey Joaquín; pero dejando para más adelante estos infundios, quiero consignar desde luego, que en aquella parte que me toca, rechazo sobre la cabeza de poco pelo y de menos seso de ese masón perturbador, demócrata de mentirijillas, republicano de ocasión, realista de conveniencia, abogado de Varela; de ese, digo, todo viento cuando habla, todo bilis cuando escupe, todo palabras cuando